

modo podremos apreciar los tesoros de inteligencia, genio y doctrina que posee el hombre intelectual en los tiempos en que vivimos.

Este proceder no obstará para que bajemos de cuando en cuando de la empinada cumbre de la antigüedad á la época en que nos hallamos, y, si hubiese aparecido, ó apareciese mientras que escribimos, uno de esos libros que honran nuestra nacion y nuestra época, nos detendremos con predileccion en tan preciosas producciones, comentándolas con imparcialidad. No obstante, como nuestra análisis tiene por objeto principal, ó por mejor decir por único objeto, la contemplacion de lo bello, nos ceñiremos á citar las páginas sobresalientes en que campee la imaginacion ó el sentimiento, pues los pasages defectuosos no merecen nuestra atencion, y el olvido es la muerte de lo malo. Por otra parte, un curso libre de literatura debe exaltar y no deprimir el alma del hombre á nuestros propios ojos, y, siendo la admiracion la mas sublime de las facultades humanas, pretendemos inspiraros la mas alta idea de nuestro sér por sus obras, con el objeto de manteneros, tanto en literatura como en moral, á la altura de la idea que hayais concebido de vosotros mismos.

## DIGRESION

### I

En el momento mismo en que volvia á tomar la pluma para acabar con vosotros esta definicion de la literatura, un gran duelo literario contrista la Francia y cunde por toda Europa. M<sup>a</sup> Emile de Girardin acaba de apagarse en toda la llama de su númen poético. El plan de este discurso familiar y, por decirlo así, dialogado de literatura, no nos sujeta tan tenazmente al órden cronológico del ingenio humano, que no nos sea lícito regresar de vez en cuando á nuestro propio siglo, hablar de las obras notables que produce, de los escritores selectos que en el descuellan, y sobre todo deplorar la pérdida de las personas mas amadas. La literatura, tal como la comprendemos, no consta tan solo de gusto, sino de corazon; y cuando éste forma parte integrante del talento del escritor, incumbe el luto á la ternura no menos que á la gloria.

La amistad que hace tiempo profesábamos por M<sup>a</sup> Emile de Girardin, se distinguia por un carácter tan fraternal y literario, que las gracias de su per-

sona, en nada cooperaban en el encanto que en nosotros ejercía, y que, al vertir amargas lágrimas en memoria de tan digna amiga, no dudamos de nuestra imparcialidad como escritor.

## II

No admite duda que es imposible separar completamente, en semejante muger, la gracia del genio y la hermosura del rostro de la belleza de la inteligencia: pues, ¿cómo separar lo que plugo á Dios reunir en una fisonomía elocuente? Al mismo tiempo sería ser injusto para con la naturaleza que simultáneamente vierte el alma y cuerpo, y no permite que se separen estos elementos, sin mutilar la impresión que se propone producir en nosotros por las obras maravillosas que de su seno irradian.

En efecto, la primera impresión que produjo en mí M<sup>a</sup> Emile de Girardin (entonces M<sup>lle</sup> Delfina Gay), después de haberla oído ponderar no poco, fué tan viva que el lugar, el día, la hora y la persona han quedado como un cuadro en mi memoria, en términos, que aun después de tantos años, podría dictar á un pintor el cielo, el paisaje, las facciones, el color, la mirada, sin que faltase un destello á sus ojos, ni una inflexión á sus labios, ni un acceso de súbito rubor ó palidez repentina á sus mejillas, ni una undulación en sus cabellos, ni una nube al cielo,

y ni aun siquiera una hoja al frondoso paisaje que la rodeaba. Estos, y no otros, son los verdaderos retratos por los cuales se transfigura una muger en nuestra imaginación, retratos cuyos colores nunca se ennegrecen ni se resquebrajan por la acción del tiempo, porque la memoria incesantemente los renueva y vivifica.

## III

Quiso el acaso preparar en mi favor una escena digna de la aparición. Me acuerdo que, en el año de 1825, estando yo en Italia y regresando por un cielo de primavera de Roma á Florencia, habia pernocado en Terni, población pastoral diseminada en medio de las aguas y árboles, en que suenan ruidosas las cascadas, y se extravasa hervidora la plateada espuma del Vellino.

## IV

Dijéronme al despertar en la hostería, que dos señoras francesas, madre é hija, llegadas igualmente la víspera, si bien mas tarde que nosotros, acababan de subir en un carruaje para visitar los despeñaderos de Terni, que desde nuestras ventanas oíamos retumbar como un trueno continuo en el fondo del valle; y añadió el posadero que la mas jóven y do-

nosa de ambas viageras, era, segun noticias recibidas por el conductor de correos, la mas célebre *improvisatrice* de Francia.

El nombre de M<sup>lle</sup> Delfina Gay acudió naturalmente á mis labios, y, deseoso de cerciorarme, hice llamar al conductor que habia una botella con un amigo en una sala baja. Este hombre que me conocia, pues mas de una vez habia firmado sus pasaportes para las ciudades de Italia, me informó que las dos señoras en cuestion se llamaban M<sup>a</sup> Gay y M<sup>lle</sup> Delfina Gay, su hija; que ambas habian sentido mucho no encontrarme en Florencia, pues tenian cartas de recomendacion para mí y contaban hallarme en Roma; é inmediatamente despues subió en un caballo ensillado que lo esperaba á la puerta de la aldea, y desapareció á todo escape en la direccion de las cascadas, para ir á prevenir á las dos Francesas que yo estaba en Terni y no tardaria en ir á su encuentro en el despeñadero del Vellino.

Efectivamente, ya me preparaban á este intento una calesa ligera del pais en la cual debia subir la pendiente escarpada de la arbolada loma en que se precipita el rio.

Hay unas dos horas de distancia de la poblacion de Terni al indicado parage, y el camino, al dejar la poblacion, se interna bajo espesas bóvedas formadas por árboles acuáticos, cuyas hojas destilan continuamente el incesante rocío que reciben del despeñadero. Este camino atraviesa, sobre puentes romanos medio desplomados y alfombrados de verde y hu-

medo musgo, tres ó cuatro brazos del rio. Aun vense huir las olas con increíble velocidad, silvando como la flecha, estremecidas aun y espumantes de la impulsión que recibieron al caer de tan tremenda altura, salpicando las verdes praderas con anchos copos de nevada espuma, hasta que se pierden arremolinándose en el ceñudo valle de Narni, para reunirse bajo las rotas arcadas del Puente de Augusto.

## V

Despues de haber atravesado así las praderas que forman las márgenes del rio, se eleva insensiblemente el viagero, durante una hora, por un camino en forma de cornisa, sobre las pendientes húmedas, rezumantes y umbrosas de la montaña. A medida que se acerca á la cumbre, se vuelve mas imponente el mugido del Vellino. La sombra acrecienta el terror, pues hasta mas tarde no recibe la luz del sol el costado de la montaña que mira del lado del oriente que parece chorrear en esas horas de frescura y rocío matutino; y, solo á la parte extrema de los recodos y agudas puntas formadas por las sinuosidades del declive, apercibe el viagero á la izquierda las olas brilladoras del rio que ruedan espumosas y centellantes en el valle, al través de los sonrosados vapores, destellos y deslumbramientos del sol que se asoma en el horizonte. Plateadas nieblas, tierno verdor de

los prados, negros abetos, olorosos pinos, álamos descoloridos, rocas escabrosas y jaspeadas, colores mil que las cascadas á profusion ostentan, grupos de islas sepultadas bajo la sombra movediza de los algarrobos, esplendor del cielo que contrasta con las tinieblas adyacentes, rayos del sol que parecen brotar de los despeñaderos mismos, estrépito fragoroso que continuamente acrecienta, húmedo viento producido por las aguas iracundas que voluptuosamente salpican el rostro, temblor del suelo á medida que se eleva el nivel del terreno : tales son los preludios del espectáculo al cual asiste delirante el viagero.

No podia menos de acordarme, á medida que me acercaba, de los nombres de tantos insignes poetas y pintores que acudieron á espeluzarse de horror y palpitar de admiracion en este mismo sitio, desde Horacio y Claudio Lorrain, hasta lord Byron. En efecto Terni es la mira del peregrinaje del genio, y el poeta deja en forma de *ex-voto*, sublimes versos, regresando con una impresion indecible producida por la fuerza y gracia de la naturaleza que resuena en su alma como el Vellino en el abismo. Por mi parte confieso que bastaba para embriagarme el ronco retumbar de las aguas, antes de haber llegado al precipicio.

## VI

Detúvose la calesa al llegar á la cima de la loma,

en un camino ahuecado contiguo á dos ó tres pobres cabañas, en cuyo alrededor jugaban algunos cuantos muchachos y triscaban balando algunas cabras, á orillas de un rio encajonado y profundo que cortaba la pradera con siniestra calma y pérfido silencio : tal era el Vellino.

Al verlo velarse con los árboles y cañas que crecen abundantes en sus márgenes, y adherir á las paredes del cauce las aguas verduzcas y profundas, parecia que el terror del precipicio en que iba á precipitarse el rio paralizaba de espanto su curso y hacia retrogradar sus ondas.

El resueno de los despeñaderos rodeados y ocultos por espesas arboledas, nos condujo, por una serie de sotos ó bosquecillos, hasta un promontorio elevado como un cabo proyectado en el océano.

## VII

A la estremidad de este cabo, tajado perpendicularmente, entramos en un terreno alfombrado de menuda yerba y cercado de un parapeto de piedras secas, destinado á impedir que el vértigo y deslumbramiento arrabatasen á los curiosos y los precipitasen en el rio como la hoja seca que arrebatada y arremolina el huracan. Tal era el anfiteatro de este brillador desmoronamiento de aguas que incesantemente reclama un sumidero profundo é insaciable.

Prescindirémos de toda descripción, pues no hay en la lengua humana suficientes recursos para traducir esos juegos de la omnipotencia divina. En vano se afanaría nuestra pluma en describir la mole de un río que siente faltar repentinamente su cáuce; la profundidad inconmensurable del abismo que sepulta la enorme catarata; la masa de pulverulenta espuma que forma al chocar con el aire ese cúmulo de materia líquida que se dispersa al grado de su propia volatilización, huyendo á los cuatro puntos cardinales como una bandada de aves gigantescas, ó aferrándose á los peñascos perpendiculares de la montaña, como fulminados Titanes que se esfuerzan en asirse á las cornisas del firmamento; los mágicos efectos producidos por la transparencia verde ó azulada del colosal torrente, cuya rapidez é impulso parecen cristalizar el líquido volumen en el momento mismo en que se encuentra y choca con el vacío; la luz del sol de oriente que lo traspaşa quebrándose en miles fragmentos, en innumerables chispas, en destellos sin fin que deslumbran con los colores del prisma; el choque tronador en el aire á que responde el fragor horrisono en la tierra; la eterna tempestad, el sublime horror que eriza los cabellos, encoge el corazón y anuda la garganta, impotente para protestar con un solo grito, contra el súbito aterramiento que avasalla y petrifica. No, no hay palabras para pintar tal escena que revelar tan solo pueden los devaneos, los desmayos, los raudos torbellinos que deslumbran la vista y la razón ofuscan, los estreme-

cimientos que la sangre hielan, el terrífico pasmo que anonada el lenguaje; y según la expresión de lord Byron en el mismo lugar, el hombre precipitado con el río, queda pulverizado antes del mismo río, al caer en este infierno de agua.

## VIII

Y si á este espectáculo se agrega lo despejado del día, la pura serenidad del cielo italiano, los marmóreos tintes de la roca, la atmósfera diáfana y olorosa, el céfiro tibio y balsámico que baña y refresca el rostro con el aliento de las aguas, circunstancias que faltan siempre á las cascadas de los Alpes y aun á la del Niágara; si se considera que en lugar de efectuarse en sumideros tenebrosos y lóbregos precipicios que quiebran el horizonte y acongojan la vista, la escena pasa en un espacio dilatado, en plena luz rodeada de un horizonte sin límites y de un firmamento azulado y cristalino, cuya risueña serenidad contrasta con el juego de los elementos embravecidos, se tendrá no solamente la sensación de una catástrofe iracunda, sino la de una fiesta de la naturaleza á la cual permite Dios asistir al hombre con el tributo de la adoración.

## IX

Tal fué la escena y el anfiteatro en que por la primera vez encontré á la que mas adelante llevó el nombre de M<sup>a</sup> Emile de Girardin.

Sin que fuese notada mi presencia, me adelanté un poco en un terreno algo mas elevado que el adjunto llano tapizado de húmeda yerba y circundado del parapeto de rocas, en el cual se apoyaba la linda Francesa para contemplar la caída de las aguas; de modo que pude así, despues de haber medido con la vista la profundidad de la cascada, transportar y concentrar mis miradas en la hermosa doncella que parecia embriagada por el ruidoso estampido, el vértigo voluptuoso y el suicidio de las aguas. Un pintor no hubiera podido escoger para reproducir su imágen una espresion, una luz y un horizonte mas adecuado á su grandiosa belleza.

Hallábase medio sentada en un tronco de árbol, que los muchachos de las cabañas vecinas habían rodado hasta allá para los curiosos extrangeros, y su brazo, admirable por su forma y blancura, reposaba sobre el parapeto, sosteniendo su frente pensativa, mientras que su mano izquierda, languidamente reclinada, sostenia un ramito de violetas y otras flores que sus dedos distraidos dejaban en contacto con la yerba húmeda.

El abandono de su postura acusaba un cuerpo ele-

vado y flexible, al paso que su cabellera rubia, abundante y suave como la seda, undulaba al soplo tempestuoso de las aguas como las madejas de las sibilas desatadas por el éxtasis. Su seno avasallado por la impresion, levantaba violenta é intermitentemente su trage, mientras que sus ojos, que reflejaban el azul de los cielos, parecian anegados en el espacio cristalino. Fuese vapor condensado en sus largas pestañas, fuesen lágrimas asomadas á sus ojos por el exceso de artística emocion, algunas gotas de esa lluvia del alma brillaban y caian de los bordes de sus párpados en el despeñadero, sin conciencia alguna de su parte, de modo que el Vellino rodaba al mar, juntamente con sus ondas, una perla cálida y virginal destilada por el corazon de una joven francesa: lágrimas de amargura que las mejillas bañan y no las quemán.

## X

Su perfil, ligeramente aguileño, guardaba no poca semejanza con el de las mugeres de los Abruzos, á quienes recordaba igualmente por la energía de su estructura y los vigorosos contornos de su cuello. Este perfil se dibujaba luminoso en el azul del cielo y el verde de las aguas, presentando el armónico equilibrio, la esquisita sensibilidad combinada con la fiereza procedente de la fortaleza de ánimo: la frente era despejada y varonil, la boca femenina y sus

móviles labios anunciaban la melancolía. Las mejillas algo pálidas por la emoción del espectáculo, y algun tanto deprimidas por la precocidad del pensamiento, poseían la juventud, pero no la plenitud de la primavera; y, de todos los caracteres de su rostro, era éste el que más seducía y más interés inspiraba, pues si hubiese sido más fresca hubiera deslumbrado los ojos. La nevada palidez del mármol realza tanto las estatuas vivas como las estatuas muertas. Al través de la piel deben brillar el alma, la pasión ó el dolor, y la palidez es el carácter del alma, de la piedad, del entusiasmo y de la melancolía.

## XI

Por último se levantó al ruido de mis pasos, y yo saludé respetuosamente á la madre que me presentó á su hija. El metal de su voz completaba el encanto, y sus palabras vibraban con el acento de la inspiración. Al mismo tiempo su conversación poseía, sin mengua del recato y reserva de la doncella, la fulgurosa espontaneidad, la agitación palpitante, la espléndida forma de los poetas, sin más imperfección para mi gusto que una risa excesivamente frecuente, imperfección escusable en la juventud y envidiable en la edad madura.

Por último su rostro y el porte de su cabeza reproducían, salvo las modificaciones femeninas, las facciones del Apolo del Belveder, como si al hospe-

darla en su seno, hubiese contemplado tenazmente su madre, las marmóreas estatuas de los dioses del Olimpo.

Si hubiese, en el despeñadero de Terni, un templo admirable como el que poseía la sibila sobre la cascada de Tivoli, no podría concebir la imaginación una sacerdotisa más inspirada que aquella joven beldad.

## XII

Regresamos juntos á Terni y nos separamos al anochecer, mi compañera para ir á Roma, yo para volver á Florencia. La impresión que me dejó este encuentro contenía un recuerdo lleno á la vez de gracia y sublimidad que podía llamarse poesía pero no amor, si bien más adelante fué juzgado pasión el afecto que profesé á tan amable criatura. Sí, hasta el sepulcro la amé, pero sin pensar siquiera en su sexo, pues me había aparecido como diosa en Terni.

Esta impresión nunca pudo borrarse de mi memoria, y fué en lo venidero como un pedestal sobre el cual se mostró á mi imaginación aquella mujer aislada por su genio. Así nunca le profesé lo que vulgarmente se llama amor, pues para amar hay que mirar de arriba y yo la miraba de abajo.

La encantadora hermosura que pude contemplar en Terni, podía tener en aquel entonces unos diez y